

II

La interioridad en San Agustín (Parroquia Santa Ángela de la Cruz. Madrid, 15 de Noviembre de 2017)

0. PRESENTACIÓN

Quiero comenzar agradeciendo a los organizadores de estas charlas formativas el que hayan pensado en mí para que les acompañe en esta tarde del miércoles. Se lo agradezco en particular al P. E. Mateos, que es quien me llamó hace unas semanas por teléfono para concertar la cita. Para mí es un motivo de alegría regresar a esta querida parroquia de Santa Ángela de la Cruz, pues aquí pasé los 4 años primeros de mi trabajo como sacerdote. Fueron años de trabajo muy intenso en los que tuve la oportunidad de conocer y trabajar con la gente maravillosa que vive y colabora en esta parroquia de la ciudad de Madrid. La charla de esta tarde tiene por título «*La interioridad en San Agustín*», y la he articulado en los 5 puntos que les he dejado en el guión. Espero que pueda serles de utilidad.

1. LA VIDA DE SAN AGUSTÍN. DE VIVIR FUERA A VIVIR DENTRO

Vivir fuera de sí. Agustín de Hipona —santo del que celebramos el cumpleaños hace 2 días—, vivió durante 3 décadas de su vida fuera de sí mismo: en ese tiempo buscaba sólo la fama y el prestigio. Le importaba mucho el qué dirán... Era el hombre del activismo, del solo hacer y hacer... Vivía según la lógica del *homo faber* de los filósofos (es decir, según el hombre reducido a la acción). Después Agustín reconocerá su error, y caerá en la cuenta de que no es fácil vivir desde dentro, desde la interioridad: «*Como cada uno intenta pedir a Dios el bien que ama, no fácilmente se en-*

cuentran quienes amen los bienes interiores, es decir, los que pertenecen al hombre interior, los cuales deben ser únicamente amados, y los otros usados para cubrir las necesidades de la vida, no para gozarse de ellos» Comentario al Salmo 4,8 (en adelante Sal.).

El Agustín preconverso, hombre afamado y buen orador, buscaba solo el prestigio social. Era un gran pensador, pero lo que ocurría era que el orgullo profesional le cegaba y le impedía ver otros bienes más saludables. Hoy podría haber gente que vive como el Agustín preconverso... No obstante, las cosas van cambiando poco a poco. Como botón de muestra apuntemos que recientemente los responsables de un centro educativo de Baltimore, en EE. UU., han cambiado los castigos tradicionales a sus alumnos por ejercicios de meditación. Más cerca de nosotros, en no pocos centros educativos de España, dentro de lo que se denomina el desarrollo de las inteligencias múltiples (término acuñado por Howard Gardner, Psicólogo que trabaja en la Universidad de Harvard), se está valorando cada vez más el cultivo de la «inteligencia espiritual».

Vivir dentro de sí. Con el paso de los años, Agustín valorará el vivir desde dentro: silencio, reposo, lectura, meditación, oración, autenticidad y autoconocimiento. Comienza a apreciar la vida del *homo religiosus* (es decir, el hombre que piensa y ora). Es Dios el que lo va guiando en este proceso, como narra el propio Agustín: «*Movido por estas lecturas reflexioné y entré en mi interior guiado por Ti, pudiendo hacerlo porque Tú te hiciste mi ayuda. Entré y vi con el ojo de mi alma, sin precisar cómo, sobre el mismo ojo de mi alma, sobre mi mente, una luz inmutable. No esta vulgar y visible a toda carne ni otra del mismo género, aunque más grande, como si ésta brillase más y más claramente y lo llenase todo con su grandeza (...) ¡Oh, eterna verdad, verdadera caridad y amada eternidad! Tú eres mi Dios. Por ti suspiro día y noche, y cuando, por vez primera te conocí, Tú me tomaste para que viese que existía lo que había de ver y que aún no estaba en condiciones de ver»* Confesiones 7,10,16 (en adelante Conf.). Las oraciones y las lágrimas de S^a Mónica fueron cruciales en este proceso. El año 386 es un punto de inflexión en la vida del santo. Llega su conversión principal. Es determinante la lectura de Rom 13,13. Sabéis que algunos hablan de 3 y 4 conversiones en el santo (Benedicto XVI – Olegario González de Cardedal). Se bautiza a los 32 años de edad (por Ambrosio de Milán), en el año 387. Es el momento de abandonar la exterioridad y de crecer desde la interioridad.

2. ¿PARA QUÉ SIRVE LA INTERIORIDAD?

Necesidad antropológica. San Agustín afirma que es necesario vivir desde dentro, si queremos vivir una vida bien lograda. Es preciso vivir arraigados y edificados en Cristo (Colosenses 2,7). /// Vivir conscientemente, dejando que Dios dirija nuestra vida. San Juan Pablo II, cuando vino la última vez a Madrid a canonizar a 5 santos (entre ellos, a Santa Ángela de la Cruz), el sábado 3 de mayo de 2003, decía: «*El drama de la cultura actual es la falta de interioridad, la ausencia de contemplación. Sin interioridad la cultura carece de entrañas, es como un cuerpo que no ha encontrado todavía su alma*». Esto lo decía en punto nº 1 de su discurso a los jóvenes. Hoy podemos afirmar con el Papa polaco que es esto es cierto: vivir desde dentro es una necesidad antropológica. Es preciso cuidar el corazón, cuidar la vida interior, porque de ahí saldrá todo lo demás.

Encuentro con Dios. Agustín habla a los monjes de sus monasterios, y también a todo el pueblo de Dios. Sus enseñanzas son útiles para todos. No olvidemos que él fue obispo de la ciudad de Hipona, hoy Annaba (en Argelia). /// *De vera religione* 39,72 (*noli foras ire; in teipsum redi; in interiore homine habitat veritas [no quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo; en el hombre interior reside la verdad]*). /// La interioridad sirve, también, para conocer a Dios, como Dios nos conoce a nosotros: «*Que yo te conozca a ti, conocedor mío, como tú me conoces a mí. Tú, que eres la fortaleza de mi alma, entra en ella y ajústala a ti, para que la poseas y la mantengas «sin mancha ni arruga*». *Esta es mi esperanza y por eso hablo; esta es la esperanza, causa de mi alegría, cuando mi alegría es verdadera. Todas las demás cosas de esta vida, tanto menos se han de llorar cuanto más se las llora, y tanto más se han de llorar cuanto menos se las llora. Sé que Tú eres la Verdad, y que el que sigue la verdad llega a la luz; que yo la siga y la viva en mi corazón: no sólo en esta mi confesión delante de ti, sino también en mis escritos, delante de mis testigos*» (Conf. 10,1,1). /// La interioridad está al servicio de la búsqueda de Dios: «*Debemos buscar a Dios y orar en esa cámara secreta del alma, que se llama hombre interior*» (Mag 1,2). Es famoso el «*quaerere Deum*» de San Agustín. Esto se hace desde el interior, admitiendo por la fe que Dios nos busca a nosotros todavía con más ilusión, empeño y perseverancia.

Ordenamiento del amor. El Dios trinitario vive dentro del hombre, que es imagen de la Trinidad (*mens, notitia et amor*); se ve en el vol. 5º de las *Obras completas*. Este Dios, que vive

dentro de nosotros, y que es amor (1 Jn) ordena nuestro amor: *«El amor, como el fuego, busca siempre las alturas. Si tienes en la mano una antorcha encendida y la pones con la punta hacia arriba, su llama sube hacia el cielo. Si la pones boca abajo, su llama sigue subiendo... El fuego conoce sólo una dirección: busca las alturas... Sé ferviente en el espíritu y arde siempre con el fuego del amor. El amor te hará buscar las alturas»* Sermón 234,3 (en adelante S.). Dios ordena nuestros amores. Él es el más importante, y si lo ponemos a Él en el centro de nuestro interior, entonces podremos amar lo demás de forma bien ordenada, evitando los afectos desordenados. A su vez, el amor interior no es infecundo: va construyendo la ciudad de Dios, si es que optamos por amar a Dios ante todo y sobre todo: *«Dos amores han creado dos ciudades. El amor de Dios, Jerusalén. El amor del mundo, Babilonia. Que cada hombre se pregunte por su amor y sabrá a qué ciudad pertenece. Si su ciudadanía está en Babilonia, extirpe en sí la codicia y plante la caridad en su alma. Si, por el contrario, es ciudadano de Jerusalén, tolere la cautividad presente y espere la liberación»* (Expos. o Comentario en Ps. 64,2).

Sanación interior. Cristo es el Médico humilde (*Medicus humilis*) que vive en el interior del ser humano. Es el que sana suavemente nuestras heridas interiores: *«Con mano blandísima y misericordiosísima, comenzaste, Señor, a tratar y componer poco a poco mi corazón. Y me persuadiste al considerar cuántas cosas creía que no había visto ni a cuya formación había asistido, como son muchas de las que cuentan los libros de los gentiles»* (Conf. 7,5,12). /// Es necesario que la sanación interior se dé gracias a la vivencia de las tres virtudes teologales (fe, esperanza y caridad), de las que San Agustín habla en su famoso *Enchiridion ad Laurentium*. /// No olvidemos que vivir en la interioridad nos sana y nos pide vivir humildemente, si es que queremos alcanzar la Verdad. El mismo Agustín nos invita a ello cuando asegura: *«Para alcanzar la Verdad no busques otro camino que aquel que ha sido garantizado por aquel que era Dios. Ese camino es, primero, la humildad; segundo, la humildad; tercero, la humildad»* Epístola 118,3,22 (en adelante Ep.).

Plenitud. La interioridad nos ayuda a vivir la vida con plenitud, con alma, con fe viva. Nos capacita para no dejarnos llevar por las prisas, ni por el qué dirán. Nos permite vivir una «vida lograda». Nos ayuda a no dejarnos mangonear, aunque esto suponga atravesar por conflictos. Nos ayuda a no ser marionetas. Nos capacita para vivir con el gozo de haber encontrado el tesoro en el campo del propio corazón (Mt 13,44). Un tesoro del que San Agus-

tín —durante algún tiempo— no se había percatado: «*tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío*» (Conf. 3,6,11). Constatamos también que la interioridad agustiniana está al servicio de toda la vida espiritual de la persona. No se puede promover mucho la interioridad y olvidar otras áreas como la caridad, el amor al estudio, el deseo de crecer en santidad... La interioridad agustiniana es como un eje transversal que da sabor y luz a las otras áreas personales. Por ejemplo, nos quita la hinchazón de la soberbia: «*Tú me agujoneabas con estímulos interiores para que estuviese impaciente hasta que Tú me fueses cierto por la mirada interior. Así bajaba mi hinchazón gracias a la mano secreta de tu medicina. Y la vista de mi mente, turbada y oscurecida, iba sanando de día en día con el fuerte colirio de saludables dolores*» (Conf. 7,8,12).

Autenticidad. La interioridad nos capacita para crecer en transparencia interior. Nos lleva a ser hombres de una sola pieza; a vivir las relaciones interpersonales cuidando la identidad personal y la apertura a los otros. La interioridad nos ayuda a crecer en auténtica libertad, superando los apegos que nos esclavizan: «*A veces, Señor, me enredo en las hermosuras exteriores, pero Tú me liberas, porque eres misericordioso; yo me enredo miserablemente, pero Tú me liberas misericordiosamente; unas veces, sin que yo me dé cuenta, por ser leve mi caída; otras con dolor, por estar apegado a ellas mi corazón*» (Conf. 10,34,53). La interioridad nos conduce a vivir ejemplarmente, tal y como propone el filósofo bilbaíno Javier Gomá en su prestigiosa obra «*Tetralogía de la ejemplaridad*» (2014). Esto pide de nosotros la responsabilidad de vivir de acuerdo a nuestra conciencia, desde nuestro yo más íntimo, y no desde el qué dirán. El *Catecismo de la Iglesia Católica* recomienda en el n.º 1778 vivir siempre con rectitud de conciencia. Afirma este n.º: «*La conciencia es la mensajera del que, tanto en el mundo de la naturaleza como en el de la gracia, a través de un velo, nos habla, nos instruye y nos gobierna. La conciencia es el primero de todos los vicarios de Cristo*» (John H. Newman, *Carta al Duke de Norfolk*, Westminster 1969). En esta misma línea argumentativa, San Agustín remarca que «*la voz de la verdad no calla*» (en. ps. 57).

Comunión. Una interioridad para ayudar a la vida comunitaria y a la comunión. Agustín dice sí a la vida comunitaria, pero dice un sí todavía mayor a la comunión: «*anima una et cor unum in Deum*» (reg. 1,3), es el mandato que el santo da a sus monjes en la Regla monástica. La interioridad ayuda a la vida comuni-

taria y —sobre todo a la comunión—. ¿De qué sirve que las personas estén reunidas si no están unidas? Junto a esto apuntemos que Agustín propone vivir la experiencia de la interioridad en el seno de la Iglesia, sirviendo a la Iglesia, a la *Ecclesia Mater*, a la *Catholica Ecclesia*. Así se evita el intimismo y el solipsismo. No podemos estar todo el día mirando al interior, sin mirar al necesitado que tenemos a nuestro lado. Cada uno vivirá esto desde su forma de vida concreta: como laico, sacerdote, religioso de vida activa, monje de vida contemplativa... Si uno no sale de su interioridad, al final se acaba asfixiando dentro.

3. LAS AYUDAS PARA VIVIR DESDE LA INTERIORIDAD

La interioridad —en sí misma— no es un fin. Es un «medio para» amar mejor a Dios y al prójimo. Medio para dar gloria a Dios con la vida. Medio para ser santos. Medio para servir mejor a la Iglesia. Medio, también, para vivir sanamente las relaciones familiares, en orden a fomentar la sinceridad y el respeto en la comunicación dentro del hogar. Y ahora llega el momento de preguntarnos: ¿qué nos ayuda a crecer en interioridad?

Silencio. Exterior e interior. Superación de la verborrea. Agustín valora mucho el silencio, e invita a sus fieles en sus *Sermones* a gozar de Dios en el silencio.

Superación de la dispersión (dispersio animae). San Agustín reconoce que durante bastantes años ha vivido disperso. La dispersión mental no le ayudaba precisamente a crecer en interioridad. Por eso ora a Dios en sus *Confesiones* diciendo: «¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Tú estabas dentro de mí, y yo estaba fuera, y por fuera te buscaba; y, como me encontraba tan vacío de hermosura, me precipitaba hacia estas cosas hermosas, que Tú creaste. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Así que, me retenían lejos de ti aquellas cosas que, si no estuvieran en ti, no podrían existir. Pero Tú me llamaste, me gritaste, y rompiste mi sordera; brillaste, resplandeciste e hiciste huir mi ceguera; derramaste tu perfume, lo aspiré y ahora suspiro por ti; me diste a gustar de ti, y me muero de hambre y sed; me tocaste y me abraso en la paz que procede de ti» (Conf. 10,27,38).

Lectura de la Palabra de Dios. Dios nos habla desde dentro. Nos habla en la S. E. para transformar nuestra vida (cualidad performativa de la Palabra de Dios), y también para transformar nuestras sociedades y nuestro mundo. Agustín nos invita a saborear interiormente el pan de la Palabra, para alimentarnos y para hacernos adultos en la fe.

Meditación. Es preciso pensar, para hacer —con la ayuda de Dios— una lectura creyente de la realidad. Agustín nos invita a utilizar la razón, a pedir a Dios la Luz divina de Cristo (el Iluminador), el que con su Espíritu ilumina nuestro interior.

Oración. Diaria, semanal... Retiros periódicos (cada mes o cada dos meses). Ejercicios espirituales (1 vez al año, 8 días). Hablarle a Dios y escuchar a Dios. Agustín nos invita a orar desde el corazón, a orar desde el interior (en este sentido, apuntamos que la teología de la oración agustiniana está muy en relación con la teología de la oración de Santa Teresa de Jesús). Se trata de orar con el corazón en la mano.

Contemplación. Apertura al Espíritu Santo, que es para San Agustín el *digitus Dei* (dedo de Dios), con el fin de llegar a lo más alto de la contemplación espiritual. Abrirnos a la gracia divina, y dejarnos conducir suavemente por Dios, para ir adonde Él nos conduzca. Agustín asegura que lo que haremos en el cielo será contemplar a Dios.

Constancia. Cuidar la interioridad no significa experimentar solamente unos cuantos momentos aislados de recogimiento interior. Significa hacer todo lo posible por vivir el día en presencia de Dios, en estado de gracia, desde el interior... Significa aprender a contemplar a Dios en todas las cosas, lo cual nos ayuda a ser hombres para los demás.

4. LOS OBSTÁCULOS QUE DAÑAN HOY LA INTERIORIDAD

Cultura de la imagen y la apariencia. En Occidente (Europa-España), la cultura dominante hoy en día no facilita la interioridad. Es una cultura de la imagen, de la apariencia, de cuidar sólo lo que se ve. Cuidar la apariencia externa es importante, pero a veces da la impresión de que lo interior no cuenta. Esto es peligroso. En la Iglesia hay comunidades cristianas que sí facilitan y otras que no promueven una vida desde la interioridad. Algunas sólo aplauden un cierto activismo apostólico.

Ruido ambiente. Las grandes ciudades, con sus ruidos, podrían dificultar el crecimiento de la vida interior, si no se ponen los correctivos oportunos. Esto se complica con el exceso de comunicación a través de las TICS (Tecnologías de la información y la comunicación). Es cierto que el ruido exterior no ayuda, y es verdad también que cuidar la interioridad significa silenciar los ruidos interiores; nos referimos a todo ese mundo

psicológico que no deja de lanzar mensajes cuando nosotros cerramos los ojos. Si queremos escuchar la Voz de Dios, que habla dentro de nosotros, hemos de adiestrarnos en el silenciar el murmullo de nuestro mundo interior. Pablo D'Ors, sacerdote y autor de «*Biografía del silencio*» (2012), nos da en este libro pistas muy sugerentes al respecto.

Inconsciencia. Enrique Rojas, prestigioso psiquiatra granadino, escribía hace ya algunos años «*El hombre light*». Aquí dibujaba los rasgos de un hombre inconsciente e inconsistente, carente de fundamentos sólidos y resistentes. Si queremos evitar que nuestra vida sea una *vida light*, es preciso cuidar la interioridad y pensar las cosas: se trata de querer reflexionar y vivir con esa virtud que los ingleses denominan *awareness*: esto significa vivir conscientemente, dándonos cuenta del aquí y el ahora. Los psicólogos contemporáneos hablan del *mindfulness* (la atención plena).

Exceso de información. El teólogo salmantino Á. Cordovilla afirma que hoy padecemos un exceso de información. Esto se completa al detectar que no pocos viven con un exceso de actividades (niños hiperocupados...). Es urgente aprender a priorizar y a seleccionar la cantidad y la calidad de la información que manejamos. Sólo así nuestra interioridad estará suficientemente saneada y nuestra salud espiritual estará a salvo.

5. CONCLUSIÓN

El mejor teólogo católico del siglo XX, Karl Rahner, decía en el vol. VII de sus «*Escritos de Teología*» (1969) que «el cristiano del futuro, será un místico o no será cristiano». Decir místico, para Rahner, significaba tener una experiencia personal de Dios. San Agustín nos invita a meternos dentro de nosotros mismos para tener un encuentro personal y amoroso con el Dios que vive dentro de nosotros. De la verdad y de la hondura de este encuentro dependerán la fuerza y la luminosidad de nuestro testimonio en la Iglesia y en el mundo. Ojalá todos los que nos hemos reunido aquí esta tarde seamos hombres y mujeres de mucha vida interior para que podamos transmitir a nuestros hermanos la luz, la alegría y el gozo de Cristo Resucitado. Muchas gracias.

Manuel SÁNCHEZ TAPIA, O.S.A.

mansantap@gmail.com
Real Monasterio de El Escorial